

BOLETIN DE **DISCUSION C.E.A.S.**

PRESENTACION

SOCIALISMO
¿NOSTALGIA O UTOPIA NECESARIA?

HUGO ZEMELMAN

CHILE :
¿UN PROCESO DEMOCRATICO INMOVIL?
(Marco interpretativo : 1990-1997)

HUGO ZEMELMAN

JUNIO 2000

2

Hugo Zemelman

¿Es actual la opción socialista después del desplome del proyecto estaliniano?, ¿es legítimo plantearse la alternativa socialista después del fracaso de los proyectos populares-revolucionarios en América Latina?, ¿pertenece la visión socialista a las grandes utopías que impulsen al hombre de finales de siglo y comienzos del otro?

La respuesta a estas interrogantes, en caso de inspirarnos un mínimo respeto la comprensión histórica de la problemática, exige buscarse en dos planos de reflexión: en primer lugar, si los problemas socioeconómicos y culturales a los que se pretende que el socialismo procura dar una respuesta continúan vigentes y dominando la cuestión social, o, por el contrario, han sido superados y desplazados por otros que no afectan la plena realización del hombre. En segundo lugar, desde el imperativo de limpiar el debate sobre el socialismo y su trasfondo filosófico de prejuicios y sesgos ideológicos e histórico-políticos.

Entre los primeros se encuentran las deformaciones de la idea de socialismo, que se ha identificado con estatización no sólo de la economía, sino de toda la vida social y cultural. En cuanto a los segundos, la deformación acerca de la naturaleza de las estrategias para la construcción del socialismo, que impuso la experiencia soviética como inevitablemente autoritarias.

La importancia del socialismo como utopía alternativa al capitalismo requiere que se analice con más profundidad lo que significa exactamente hablar de capitalismo. Como se ha sostenido, el socialismo *finisecular* y el del siglo XXI debe partir de la doble crisis planteada por el quiebre del capitalismo regulador keynesiano en el Occidente, y el derrumbe del modelo estaliniano de planificación estatal centralizada en el Este. Hay que tomar conciencia de que en el Occidente el sistema político representativo, supuestamente democrático, "carece en realidad de significación para las decisiones económico-sociales decisivas". La mayoría, que se postula como soberana, "no dispone de medios políticos para decidir en todas aquellas esferas que más estrechamente condicionan su entera existencia".¹

Más aún, en la actualidad podemos afirmar que la democracia liberal-representativa se limita, cada vez más, a cumplir la función de legitimar una exclusiva estrategia de crecimiento económico, la cual requiere que se estrechen los espacios públicos cercenando las formas de representación orgánica que puedan, por lo mismo, llegar a expresar la voluntad efectiva de demandas y concepciones de futuro que sean opciones a la dominante. Se observa un proceso de divorcio profundo entre la representación política y su base social que se aviene con la primacía de la condición de ciudadano por sobre la de voluntad colectiva; condición de ciudadano que paradójicamente oculta una gran apatía por el propio juego democrático. En efecto, la democracia deviene en un orden político en el que la relación con la sociedad civil

se organiza con cierta autonomía respecto de las exigencias del Estado, aunque en la práctica sea éste el que encarne el orden, lo que se agrava con la difuminación de las inquietudes de la sociedad civil en mil expresiones menores carentes de presencia y gravitación sobre el poder. Aunque no se debe desconocer la posibilidad siempre latente de irrupciones que alteran este juego político de manera imprevisible y, a veces, hasta insólita como ha sido la experiencia en Chiapas.

Y en cuanto al Este, la población nunca pudo determinar sus opciones "estableciendo sus preferencias y dictando desde abajo los criterios por los que debe regirse la inversión centralizada a manos del Estado".² Como ha sido señalado en la construcción del *socialismo irreal*³ se confundió la estatización con la socialización, por lo que ésta se ha llevado a cabo, en el caso del estalinismo, bajo el signo de una profunda enajenación. Hace ya casi veinte años se pensó en el "socialismo realmente existente con su fomento de la desigualdad social que va mucho más allá del abanico de los ingresos económicos; con la persistencia en el trabajo asalariado, de la producción mercantil y del dinero; con su racionalización de la vieja división del trabajo; con la política familiar y sexual cuasi eclesiástica; con sus altos cuadros de funcionarios, su ejército permanente y su policía, sólo responsables hacia arriba; con su duplicación de la máquina estatal en aparato de Estado y de partido; con su aislamiento en las fronteras estatales. Y, finalmente, su incompatibilidad con las concepciones de Marx y Engels que resulta evidente".⁴

Democracia y socialismo encontrarán su sentido sólo en la medida en que se vinculen recíprocamente como lo habían estado hasta Rosa Luxemburg, en la medida que estemos de acuerdo en que el dilema consiste en superar tanto el capitalismo salvaje del mercado sin regulaciones como el socialismo identificado con el estatismo. Empresa política que encuentra su sentido, que la justifica históricamente, cuando se tiene claro el tener que asumir los desafíos de la sociedad moderna; hacer frente a la desigualdad con justicia social corrigiendo las tendencias regresivas en la distribución del ingreso; defensa del empleo y de las condiciones de trabajo; respeto a las minorías étnicas; enfrentar al agotamiento de los recursos físicos y sus consiguientes efectos sobre el medio ambiente, ya que el capitalismo de finales de siglo ha desatado la crisis, no solamente de la economía, sino de su misma base física, ecológica, con lo que está colocando en peligro de sobrevivencia a la propia especie humana.

Pero además de los desafíos anteriores, no se pueden soslayar otros de naturaleza más profunda. Pensamos en la lógica propia del intercambio de bienes, incluyendo la propia capacidad de trabajar, que determina que los individuos estén subordinados a los procesos de valorización del capital. El capitalismo no puede contribuir a que "las personas sean fines en sí mismas y entre sí mismas, que sean inviolables por el proceso de socialización de la producción". Es lo que hace a muchos pensar que el capitalismo lleva a la barbarie a través de una nueva Edad Oscura, es decir, de un oscurantismo racionalista.

Se necesita de una nueva forma de vida que permita que el individuo y los colectivos sociales puedan "obtener masivamente la nueva conciencia y

autoconciencia precisas para su progreso", "su propia revolución liberadora".⁵ Por eso, tal vez lo más importante de nuestras interrogantes tenga que ver con la necesidad de reapropiación de la experiencia utópica socialista que dominará la primera mitad del siglo. Pero, acaso, como se ha dicho, ¿el fuego concéntrico de las críticas ha alcanzado una intensidad tal como para desbaratar todo conato de defensa de una utopía alternativa?

A lo que debemos responder que no ha sido la crítica verbal de las palabras, "sino lo real de los hechos, lo que ha derribado los otrora firmes parapetos de convicciones inquebrantables". No la habilidad dialéctica del enemigo sino las deformaciones de un inhábil materialismo dialéctico, que nunca llegó a ser el *materialismo emancipador* de Walter Benjamin.

El colapso del modelo estaliniano más que derrumbar a la utopía alternativa puso de manifiesto el fracaso de un modelo de desarrollo industrial-capitalista de Estado; por lo mismo, nos colocó ante la verdadera naturaleza del capitalismo: aquella que requiere del libre mercado internacional, que necesita para reproducirse el capital transnacional. Sin embargo, esta estrategia de desarrollo capitalista fundada en la prescindencia del mercado (la cual pudo adecuarse a las exigencias de una economía organizada con criterios militares que objetivamente puede entenderse en el caso de la Unión Soviética desde su fundación hasta el término de la Guerra Fría con Gorbachov, o, lo que algunos han denominado economía de comando que, por la misma naturaleza de sus prioridades, no requiere de sensores como los del mercado) que fue la naturaleza misma del estalinismo, excedió los límites de su momento histórico para llegar a transformarse en el gran obstáculo para desarrollar la propia voluntad de emancipación y la consiguiente búsqueda de alternativas al capitalismo.

Lo que caracteriza al periodo posterior al derrumbe del estalinismo es "un espíritu de conformidad como la falta de espíritu para seguir pensando... Renuncia a pensar que es lo más opuesto al sentimiento de vivir un cambio. Pero lo lamentable no es sólo que se repita lo ya sabido, sino que se defiendan ahora las mismas tesis ideológicas, los mismos proyectos políticos sin esa semilla de contradicción que simbolizó el Muro de Berlín... Sin ese Muro lo provisional se hace definitivo. Definitivo es el fracaso del comunismo y el triunfo del liberalismo. Mientras existió el socialismo real, el capitalismo no podía proclamar su victoria definitiva; aunque el socialismo real no fuera ninguna alternativa, existía la conciencia de que había que buscársela al capitalismo".⁶

Es en relación con este bloqueo ideológico y teórico que debe retomarse la discusión sobre los trasfondos filosóficos y valóricos del socialismo como utopía de liberación, deformados por mecanismos políticos e ideológicos que los transformaron en un simple determinismo económico y, por consiguiente, haciéndoles perder su visión del hombre concreto, la pérdida de una visión que, según Gramsci, nos permite transformarnos en "forjadores de nosotros mismos, de nuestra visión, de nuestro destino", porque permite entender al hombre como un proceso, "el proceso de sus actos". Lo dicho implica sostener que "el individuo humano como parte de la naturaleza, como objeto; el individuo humano como parte de la sociedad, en el sentido

de explicación de sus posturas, concepciones y juicios valorativos en función de las relaciones sociales, es lo que encierra el individuo humano entendido como fruto de la auto-producción”.

La negación de la dimensión humanista en la concepción del socialismo constituye el argumento central del pensamiento capitalista contemporáneo, legitimado por la naturaleza intrínseca del estalinismo y su falaz transformación, por el mismo pensamiento progresista y emancipador, en símbolo si no de la nueva sociedad, por lo menos de la transición hacia ésta. Desde esta perspectiva debemos recuperar las tensiones internas al marxismo, dejar de lado los monolitismos para recuperar el planteamiento de la pluralidad de marxismos, en forma de aclarar cómo en la historia de éste se contienen sus propias contradicciones tanto teóricas como políticas, y así poder avanzar en deslindar la problemática del socialismo, como utopía alternativa, de lo que fueron las experiencias del socialismo realmente existente; pero sin que lo dicho signifique negar la responsabilidad de muchos marxistas en la legitimación de esas sociedades burocráticas y antidemocráticas. Los antecedentes que permiten esta recuperación del pensamiento crítico-socialista se encuentran en su misma historia ideológica y política, aunque hoy se pretenda negarla como verídica.

Debemos dejar de lado ese marxismo de Lenin y Mao que ha circunscrito su discurso a la lógica de la inexorabilidad histórica, expresión del presupuesto de que los procesos históricos tienen un curso lineal e irrevocable, en los que no cabe ninguna forma de reversibilidad; esa especie de fatalismo histórico tan criticado por Benjamin en sus tesis sobre Filosofía de la Historia, esa inexorabilidad que tomó forma en las teorías de la transición del capitalismo al socialismo, que, entre otras consecuencias, tuvo la de no darle *status* a lo político, esto es, a la capacidad de decidir entre opciones de construcción histórica; ese sentido irreversible de la historia que llevó a la afirmación de que todo conocimiento construido desde las exigencias de un proyecto progresivo de la sociedad, necesariamente tiene que ser objetivo.

O bien, aquella formulación de Lukacs de que el proceso histórico tiene que dar ese paso hacia su propio objetivo, compuesto de voluntades humanas "pero no dependiente de humano arbitrio, no invención del espíritu humano". Ese marxismo reducido a táctica y estrategia de partidos políticos que rápidamente transformó su condición de pensamiento crítico en discurso de poder, como fue el caso, salvando las diferencias en cuanto a estaturas históricas, además del marxismo de Lenin y Mao, el de Honecker y Brezhnev, de manera de recuperar el marxismo de Rosa Luxemburg, Bujarin, Proobashenski; el de Pannekoek y Gorter, pero antes que nada el de Gramsci cuando ya en la década de los veinte escribía, a propósito de la revolución bolchevique, que ésta era una revolución contra *El Capital*; esto es, en contra de las propias concepciones de Marx.

Y en el plano más teórico el marxismo de Korsch, de Kotic, de Della Volpe, de E. Bloch, o en el caso de América Latina, el marxismo de Mariátegui y Zavaleta. Debe retomarse la línea de recreación del *Diccionario Crítico del Marxismo* de G. Labica, así como los esfuerzos de ese marxismo ecológico de Manuel Sacristán o de Frieder Otto Wolf, en su esfuerzo político e ideológico para construir la alternativa ecosocialista.

Existe una ética en el discurso utópico del socialismo, que ha sido olvidada conjuntamente con su dimensión humanista. Y que está ya presente en el período de los clásicos. Se puede resumir en el siguiente pensamiento de R. Luxemburg: "Hay que cambiar un mundo, pero cualquier lágrima derramada cuando podría ser enjugada es una acusación. Y un hombre acosado por ocupaciones importantes que aplasta un gusano por simple inadvertencia, comete un delito... (Porque) la libertad sólo para los partidarios del gobierno, sólo para los miembros del partido, eso no es libertad. La libertad es siempre, como mínimo, la libertad de aquellos que piensan de otro modo".

De ahí por qué se tenga que recuperar el horizonte de valores en que socialismo y democracia se aunaban en un mismo esfuerzo de construcción histórica. Hoy más que nunca se requiere que recuperemos la fuerza de la utopía cuando estamos siendo arrastrados hacia el rincón oscuro de la falta de visiones. Ya que la fuerza de la utopía reside antes que nada en la tensión creadora del presente, nos parece oportuno recordar el pensamiento vibrante de Rudi Dutschke, uno de los líderes de la revuelta estudiantil de 1968: "el socialismo no es un asunto de banderas y estandartes que haya que mantener en alto. Fin y esencia del socialismo es más bien el paso erguido hacia la libertad, la mirada -desde la conciencia histórica- dirigida a la utopía concreta del reino de la libertad".

Si esta tarea que tiene que cumplirse en la historia es un ideal imposible, quiere decir que se ha llegado al término de todas las historias que no sean la que se escribe hoy como dominante. Pero, nos asiste el optimismo que nace de pensar que la historia es inacabable, a menos que el capitalismo con su voracidad por las tecnologías productivistas acabe con el globo terráqueo. Especialmente lo somos respecto a América Latina si estamos conscientes de que su futuro pasa por nuestra voluntad para reivindicarnos como actores de su historia.

La pregunta acerca de si hay opciones al curso actual de su desenvolvimiento no tiene respuesta sino con base en la capacidad para ahondar en sus realidades ocultas, de manera de volcar la fuerza que de allí resulte en nuevas voluntades sociales para acechar su futuro por rumbos desconocidos. Por sobre la conformidad la conciencia fundada en la necesidad de lo nuevo.

Notas

1. Tello, Enric. El socialismo irreal, en: Rev. *Mientras tanto*, No. 40, Barcelona.
2. Ibid.
3. Ibid.
4. Bahro, Rudolf. La alternativa. Contribución a la crítica del socialismo realmente existente. Ed. materiales, Barcelona, 1979, publicado en alemán en 1977, pág. 43.
5. Bahro, R., *op. cit.*, pág. 68.
6. Reyes Mate. *La razón de los vencidos*. Ed. Grijalbo, México, 1967.

Los trabajos anteriores del presente libro pretenden dar una reconstrucción de los procesos que han caracterizado al desarrollo histórico de Chile durante los últimos veinte años. Con la presente reflexión se pretende completarlos con una interpretación de la actual situación que ha sucedido al reemplazo del régimen militar. Pero más que ser una nueva interpretación que se agregue a las existentes, pretende ser una contribución a las formas de plantearse la democracia como problema que contiene múltiples posibilidades de potenciación, así como de sustentarse. Nos preocupa que la situación que vive el país sea asumida como un espacio desde el que se puede avanzar en la construcción de una sociedad más justa donde pueda el individuo llegar a realizarse.

En este sentido, llama la atención que muchos estudios sobre el momento actual de Chile, más allá de sus agudezas y acuerdos o desacuerdos, tienen la impronta de un cierto escepticismo, o, en su defecto, de un ideologismo, disfrazados ambos de una forma de descripción a veces, incluso, densa. Sin embargo no queda claro desde qué ángulo se organiza el pensamiento orientador, en forma que en la realidad que emerge como el contenido de un esfuerzo interpretativo-explicativo, es difícil, cuando no imposible, desencadenar sus potencialidades. Esto es: no cabe en esas descripciones ningún margen para reconocer ámbitos de realidad en los que pueda distinguirse la presencia de diferentes tipos de actores capaces de construir nuevos sentidos de realidad.

Lo que decimos es la necesidad de abordar los problemas teórico-políticos que surgen en la actual coyuntura que lleva la impronta del capitalismo transnacional. Y ello supone incorporar en la misma construcción del discurso teórico a la dimensión utópica para no quedarse aprisionado en los parámetros de la situación de fuerza dominante. Es por eso que una teoría del Estado debe completarse con una teoría de la lucha política, tanto como una teorización sobre el modelo económico, o sobre el orden político, acompañarse de una teorización de los actores. La historia es siempre un espacio con una zona de indeterminación. En este marco muchos de los análisis sobre la situación política actual se caracterizan por una estructura altamente determinista, pero en los que esta zona de indeterminaciones no aparece reconocida, aunque represente el espacio de los verdaderos desafíos para enfrentar nuevas construcciones sociales.

Este tipo de análisis expresa una carencia de utopías que traduce un cierto derrotismo político, escepticismo intelectual o conformidad psicológica. Y quienes hacen excepción a este perfil levantan banderas ideológicas o puramente axiológicas sin mostrar las alternativas de construcciones viables, esto es, políticas. Pero, cuando se trata de mostrarlas, por lo general, son discursos que quedan atrapados en los parámetros del orden hegemónico. Las únicas excepciones, no muchas, son aquellos que tienen el coraje de re-utilizar el utillaje gnoseológico proveniente de un marxismo actualizado, desprendido de todas las falsedades y vacíos de su tradición ortodoxa

En efecto, nos enfrentamos a la tarea de construir la gran utopía que saque al país de su atrofia actual, oculta detrás de un discurso auto-complaciente, y que responda a las tareas que plantea la transnacionalización. Entre las cuales se encuentran los problemas sociales, económicos y culturales que está determinando la desarticulación de las estructuras productivas, lo cual ha facilitado la emergencia de polos de desarrollo pero que coexisten con la profunda e irreversible depresión de otros sectores económicos. Y que, como se ha señalado, reflejan al patrón de acumulación dominante que consiste en "la nueva forma en que se organiza el capital en la esfera productiva", de manera de que se "combina la centralización del poder sobre variadas actividades productivas por medio de conglomerados con una desconcentración simultánea de la actividad productiva misma, fragmentando los circuitos productivos y modificando notablemente los procesos de trabajo"⁽¹⁾ Su importancia consiste en que este proceso de centralización del capital en conglomerados con desconcentración productiva "se ha traducido finalmente en una aceleración de la acumulación de los grandes capitales con un estancamiento permanente de la rentabilidad del segmento de capitales pequeños y, principalmente, con severos efectos sobre el movimiento obrero"⁽²⁾

Las consecuencias sociales de lo anterior son evidentes, pues, en el caso de Chile, "sólo un 5% de la población, o en el mejor de los casos el 10% capta para sí la mayor parte de la riqueza"⁽³⁾, lo que lo ubica entre los países con peor distribución del ingreso. Hecho que concuerda con los datos del Banco Mundial de que el 20% más rico de la población concentra el 61% del ingreso nacional. De manera más exacta, "el veintil más rico de hogares, con un 30% del ingreso nacional, concentra 50 veces más que el veintil más pobre, que apenas llega a un 0.6% del ingreso nacional"⁽⁴⁾.

En este contexto, la construcción de la utopía, plantea que la descripción de hecho de las nuevas heterogeneidades, que alteran el cuadro social, económico y cultural obliga complementarse con otra lectura organizada desde opciones de construcción social. Ello implica entender a los hechos como potencialidades conformadas por la globalización, en cuanto espacios de actores y de la consiguiente capacidad de éstos para vislumbrar e impulsar la construcción de proyectos diferentes de sociedad.

Estamos en presencia de potencialidades que se contienen en la desarticulación de las estructuras productivas (alta rentabilidad del gran capital y baja rentabilidad del pequeño capital), así como en los procesos de nuevas estratificaciones a partir de un desplazamiento de la línea de la pobreza, en razón de la alta concentración de la riqueza; pero también de la propia transformación de la calidad de la pobreza que tiene lugar en el

¹.- Rafael Agacino: La anatomía de la globalización y la integración económica, meca., 1997, pag.6

².- ibid, pag 7

³.- Hugo Fazio: Chile entre los países de peor distribución del ingreso a nivel mundial, en Jorge Lavandero: El Dilema de Chile ¿Crecimiento sin Equidad? Alegría y Asociados Editores S.A, Santiago, Chile, 1996, pág.55

⁴.- Jacobo Schatan: El crecimiento económico, equidad y pobreza en Chile: una visión diferente, en J.Lavandero, op. cit., pag 78

contexto de una sociedad, cuyo discurso hegemónico se caracteriza por su visibilidad de posibilidades de surgimiento económico; acomodada esta visibilidad en el desarrollo de una mentalidad orientada a concebir las lógicas productivistas como el mecanismo básico de la movilidad social y económica

En efecto, están las contradicciones, por una parte, que resultan del patrón de acumulación, como es la concentración del capital, la cual coexiste con el escenario de surgimiento de nuevas tecnologías que se identifican como una mejor vida para todos y de otra, una modificación de las identidades sociales de pertenencia producto de los cambios en las condiciones de vida, en cuyos marcos se contiene la tensión entre el volumen de ingresos posibles y los patrones de vida que se imponen socialmente como deseables.

En otras palabras, el pequeño y mediano capital es desplazado, o bien reconoce su territorio y organiza su propia estrategia de defensa ante la centralización del gran capital: en el primer caso, ¿el desplazamiento de estos sectores productivos qué consecuencia puede tener en la dinamización de otras actividades económicas? ¿Y qué implicación tiene este desplazamiento en la constitución de actores sociales y políticos? En el segundo caso, ¿qué consecuencias puede acarrear, en el bloque de la propia burguesía, la emergencia de productores que se identifiquen con un proyecto nacional? ¿Y que efectos puede tener lo anterior en la conformación de mayorías que puedan llegar a tener gravitación electoral?

En el examen de estas potencialidades no se puede dejar de tomar en consideración un incremento de la heterogeneidad en la estratificación social, que transforma las bases de funcionamiento del sistema político en cuanto la naturaleza de los actores sociales. Está claro que la heterogeneidad dificulta la generalización de intereses, lo que, a su vez, repercute en la posibilidad de generar acciones colectivas. "En esas condiciones resulta difícil la articulación social y política de distintos sectores en términos de la constitución de sujetos sociales y políticos que orienten la historicidad en determinado sentido"⁽¹⁾.

Se planea la cuestión de reconceptualizar a los sujetos sociales, de manera de no abordar el análisis de la dinámica social y política desde los parámetros de determinados pre-conceptos acerca de lo que son los sujetos sociales. En este sentido parece inadecuado partir con un concepto acabado de lo que son los sujetos, pues se corre el riesgo de buscar el espacio social a una modalidad no existente históricamente de éstos.

Más bien, se trata de entender la dinámica subyacente de subjetividades sociales que puedan explicar las modalidades emergente de actores sociales. Por ejemplo, ¿cual es la subjetividad que se contiene en grupos de productores que están enfrentando su desplazamiento hacia otros sectores productivos, en razón de su imposibilidad o creciente dificultad para resolver su reproducción económica y social? ¿qué pasa con los agricultores que

¹.- Rodrigo Baño y Enzo Faletto: Institucionalidad Política y Proceso Social: el debate sobre Presidencialismo o Parlamentarismo. Departamento de Sociología, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Chile. Serie Cuadernos de Trabajo, Octubre, 1992; pág 73.

no pueden seguir siendo agricultores? O bien, en el otro extremo, ¿que pasa con la tensión provocada por una gran visibilidad social y con el enraizamiento de una mentalidad productivista, asociada a cierta calidad de vida impuesta por la propaganda masiva, y el real acceso a los medios para satisfacer esas expectativas? O también ¿qué puede ocurrir en el plano de la subjetividad con un discurso económico, pragmático y reduccionista, cuando no llega a resolver los distintos ámbitos de las necesidades del hombre que no son estrictamente materiales?.

La situación actual del llamado estado democrático tiende a apoyarse en un sistema de clientelas que conforma una sociedad civil dependiente de un orden político adecuado para una determinada estrategia de crecimiento económico; sociedad civil débil porque expresa la aguda atomización social que impide el desenvolvimiento de ciudadanos y que se corresponde con "un sistema político autista, desconectado de su medio ambiente societal. "(6)

Proceso que determina la autonomía sometida a una ostentosa deformación en "oligarquía política" que oculta sus tensiones, todavía no claramente manifiesta entre representados y representantes. Lo que decimos se muestra en la tendencia a los acuerdos "transversales" entre los distintos segmentos de la clase política, más allá de sus diferencias ideológicas, que, supuestamente, legitiman su condición de mandatarios; de ahí que esta tensión puede constituir un foco latente de conflictos que lleguen a desencadenar procesos desconocidos.

También lo que decimos se puede estar traduciendo en una pérdida de representatividad de los partidos; en la falta de interés de la población por participar en las elecciones, y, por último, en la tendencia a forjar el proyecto democrático en base a una lógica cupular con desvinculación de la base social. En este sentido, la alianza gobernante, la alianza de fuerzas democráticas, conforma un proyecto político a nivel de la clase política, en el espacio de la dirigencia partidista, sin haber podido sedimentarse como movimiento social. Por eso, puede representar una forma de control de la sociedad civil, de manera de garantizar que ésta respete los límites del orden político.

Las anteriores son algunas potencialidades que rescatamos como ópticas para organizar la lectura de la coyuntura actual y que reconoce como a una de sus expresiones el espacio de la sociedad civil, en tanto contenga una pluralidad de visiones; pluralidad que puede definir el campo en el que se contengan distintas modalidades de subjetividades sociales, dentro de las cuales cabría diferenciar entre las que llegan a conformar sujetos y las que no; y entre las primeras según los distintos tipos de sujetos en cuanto a la significación que pueden asumir si se les analiza desde la perspectiva de su capacidad de influencia en la sociedad nacional. Y que se traduce en la problemática del surgimiento o no de las capacidades sociales para profundizar en el desarrollo de la

6.- Robinson Pérez: Contexto y racionalidades en la modernización del Estado, en: Revista de la Academia, Universidad Academia Humanismo Cristiano, Primavera, 1995, 1, pág 65.

democracia, a través de impulsar resistencia en contra de la desigualdad. O sea, capaces de promover que la democracia avance hacia la equidad social.

No obstante, la democracia no abre espacios a nuevos actores capaces de transformar las situaciones de desajuste económico, social y político en proyectos de carácter global, lo que no significa que las inequidades que se contienen y ocultan (v. gr: desigual acceso a igual calidad en la atención en educación y salud, estabilidad laboral, posibilidades de uso alternativo del tiempo libre, etc, sin olvidar las abruptas diferencias en la distribución del ingreso per-cápita) no determinen el surgimiento de ciertas subjetividades sociales, que, en algún momento, puedan dar lugar a la conformación de voluntades sociales. El diagnóstico actual de la democracia en Chile apunta a que la "democracia es débil", que "no existen los espacios de debate nacional sobre el futuro, ni la conformación de actores sociales que los ocupen"; o bien que éstos "son extremadamente débiles" (7)

Debilidad que es reforzada por el sistema electoral que permite que la segunda fuerza electoral "con un tercio de los votos pueda obtener la mitad del parlamento", pero que también encubre "el peligroso riesgo de que una mayoría de más de dos tercios elimine toda representación de la oposición".⁸ Además de lo anterior, no puede desconocerse la presencia del elemento ideológico que pretende identificar cualquier debate en la democracia con posturas antidemocráticas. Patrón ideológico que, más allá del comportamiento de la derecha que no ha roto con su "cordón umbilical con el régimen militar pasado"⁹, se ha transformado en la pauta de comportamiento fundada en un concepto de equilibrio social muy próximo al inmovilismo.

En efecto, el que siempre ha sido, en la tradición democrática, expresión de que el futuro de la sociedad puede concebirse en el marco de una pluralidad de utopías, en la actual coyuntura, en cambio, esa pluralidad deviene en sinónimo de debilitamiento de la democracia. Se requiere del consenso, pero del consenso en torno de un proyecto de economía y sociedad, por cuanto cualquier oposición crítica, por constructiva que sea, es considerada atentatoria de la misma democracia. Esta se construye "dentro del marco institucional prefijado por el autoritarismo, con una fuerte presencia in situ de actores del régimen militar"¹⁰. Lo que significa contenerla, subordinada o aplastada, por mecanismos político-electorales, o por medio de una manipulación ideológica orientada a exaltar el temor a la regresión autoritaria, o bien, también, conducente a persuadir a la opinión pública de que no hay alternativas al proyecto dominante.

Desde esta perspectiva, se plantea la relación entre actores sociales y políticos que puedan transformar ciertos valores en

7.- Manuel Antonio Garretón: *Hacia una nueva era política. Estudio sobre las democratizaciones*. F.C.E., Santiago de Chile, 1995, pág. 255, 258.

8 R. Baño y E. Faletto, *Op.cit.* pág. 26.

9.- M.A. Garretón, *op.cit.*, pág. 258

10.- R. Pérez, *op.cit.*, pág. 58.

propuestas de sociedad; situación en la cual la democracia puede asumir el carácter de un espacio amplio donde se pueda desplegar el juego entre distintos proyectos o utopías; o bien reducirse a constituir el espacio de un solo proyecto: el hegemónico. Por esta razón, se puede discutir la significación política de la reorganización del Estado y en particular el de la descentralización del poder, en cuanto transferencia de la capacidad de decisión sobre opciones de construcción socio-política, yendo más allá de la cuestión de la eficiencia del aparato estatal. Esto es, abriendo espacios aunque sea desde el poder local, que transgredan la alianza a nivel nacional de "cooperación de las élites políticas del antiguo régimen autoritario y del emergente régimen democrático" (1).

La descomposición de los antiguos actores sociales y la compleja recomposición social que resulta de la desarticulación de la economía y de la sociedad, efecto de la transnacionalización, ha provocado una falencia de los actores políticos. Hay una crisis de proyectos de sociedad, más aún, se observa un renunciamiento a plasmarlos. Y cuando se pretende hacerlo se trata de forjarlos en términos de que los proyectos, en el plano de la representación política, conjuguen a todos los sectores de la sociedad. O sea, se pretende hablar de país y no de fuerzas sociales capaces de impulsar propuestas, asumiendo una óptica que diluye la capacidad política para leer otras posibilidades de desenvolvimiento que no sean las que impone el discurso dominante, heredado del régimen militar.

Es así como en el caso de algunos actores políticos importantes en la historia de Chile, como es el Partido Socialista, se sostiene en su último documento programático, aprobado en el Congreso de Programa, celebrado en Mayo de 1996, que "el proyecto socialista asume la lucha de los explotados, los oprimidos, los excluidos y los dominados. Pero, además, pretende representar al conjunto de la sociedad, ya que su propuesta es también liberadora de todos aquellos que fundan su vida en la acumulación de riquezas materiales y en la demanda incesante de bienes de consumo suntuario".

Desde esta visión se puede plantear "desarrollar la función de regulación del mercado", pero sin cuestionar el patrón de acumulación, limitándose, en el mejor de los casos, a políticas focalizadas en atacar la pobreza. Sin embargo, ¿que significa estimular el crecimiento económico en base a inversiones cada vez mayores, que conllevan un alto desarrollo tecnológico, generadoras de una alta concentración del ingreso, pero sin que se corresponda con la creación de nuevos empleos, y en ese contexto plantear la equidad social y la sustentabilidad ambiental? ¿Cual es la racionalidad que se supone a esa inversión que permita concluir que sea promotora de equidad y equilibrio ecológico?. ¿En qué realidad imaginaria se puede estar pensando?

De otra parte, ¿cómo es posible y qué naturaleza revestiría promover el desarrollo de la sociedad civil en un contexto de marginación creciente, de pauperización aguda, de ignorancia

".- R. Pérez, op.cit.,pág 58.

ominosa?, ¿es que la equidad y la sustentabilidad ambiental se pueden reducir al ámbito de las políticas sociales que ofrece apoyar el Banco Mundial?. Y en caso de ser así, ¿de dónde saldrán los recursos?, ¿están los sectores acomodados dispuestos a una modificación de la estructura tributaria para poder estar en condiciones de enfrentar y superar la injusticia y lograr el desarrollo ecológico?⁽¹⁾

Una de las consecuencias del abandono de un proyecto de fuerza social se puede observar en la falta de preocupación a cerca de cómo compatibilizar la globalización, reflejo de la transnacionalización del capital, con la defensa de la sociedad nacional. ¿Se renuncia a ésta en beneficio de aquella?. ¿La subordinación de la sociedad nacional a la globalización económica no se traduce acaso en la creación de condiciones que garanticen la preponderancia y privilegio de grupos sociales particulares al costo de marginar a las grandes mayorías?.

Lo que decimos sobre la democracia en Chile, supone como trasfondo la cuestión de la continuidad o discontinuidad entre el momento del régimen militar y la situación histórica que se inicia con los gobiernos civiles, a partir de marzo de 1990.

El proyecto central que impulsó el régimen militar de garantizar una sociedad ordenada para un despegue económico, de reforzar un gobierno estable y comprometido con los agentes principales de la producción, parece ser el mismo proyecto de la democracia, en la que se continúa buscando la consolidación de grandes conglomerados políticos comprometidos con el mismo proyecto económico, de manera de no arriesgar la línea estratégica a través de la alternancia en el ejercicio del poder.

Cabe preguntarse si el proceso de re-democratización es capaz de trascender los límites del orden político heredado, o, en definitiva, quedarse atrapado por éste. ¿El proyecto económico social autoritario se contiene en la democracia revivida, o ésta lo altera? ¿renace la democracia como espacio de múltiples proyectos, congruente con su condición de pluralidad, o mas bien es solamente el vehículo civil para el mismo proyecto económico concentrador de la riqueza?. Por lo mismo ¿la civilidad de los gobiernos democráticos expresa la misma lógica de orden impuesta por el régimen autoritario, aunque con otro discurso ideológico?.

Para responder a estas interrogantes es necesario rastrear la dinámica que subyace a la morfología sociopolítica de los gobiernos de Aylwin y Frei, por lo menos en tres espacios en el que transcurre el actual proceso histórico: a) cuáles son los espacios que ofrece la democracia para desenvolver márgenes opcionales de construcción social; b) la democratización política se ha reducido

¹. - Frente a los estudios que demuestran la factibilidad de financiar el ataque a la pobreza con recursos provenientes de los sectores de altos ingresos (cfr: J. Schatan, Op.cit), por parte de la derecha se sostiene que la distribución del ingreso "no debería ser, en este momento, la preocupación fundamental de los chilenos"; preocupación que recién debería expresarse "cuando hallamos logrado el ingreso per- cápita de US\$ 20 mil por habitante, cuando ya no tengamos pobreza" (Antonio Sancho, Director del Programa de Desarrollo Social del Instituto Libertad y Desarrollo, citado por Hugo Fazio, Op.Cit., pág. 55)

al parecer a los esfuerzos de modernización del aparato estatal, enfocada a abaratar sus costos y permitir menores impuestos directos, mientras que los demás aspectos de la democratización se restringen a cuestiones de procedimiento, y estos a su vez a las exigencias de estabilidad y eficacia, dejando de lado lo concerniente a la participación social y económica que es donde, en verdad, se muestra concretamente la presencia de pluralidad de visiones con que se ha identificado clásicamente a la democracia; mas bien, la democracia aparece como un instrumento al servicio de la misma estrategia económica; y c) cuál es la dinámica real de la sociedad civil para influir en el rumbo del país y sus perspectivas más allá de coyunturas de corto tiempo.

Las cuestiones anteriores se refieren a un conjunto de desafíos de teorización sobre el proceso político actual, que, con modalidades particulares, se inició con el golpe de estado de 1973. Es en ésta dirección que procede formular una serie de planeamientos conceptuales cuyo cometido sea contribuir a avanzar en la caracterización de una problemática que puede ser indicadora de todo un momento histórico, cuya prolongación en el tiempo es muy difícil de predecir. Pero cuyo conocimiento en profundidad puede constituir un requisito necesario para reconocer las potencialidades de alternativas de desarrollo que se contienen en la actual coyuntura, según sea la visión de futuro que nos desafíe para construir la historia: esto es, darle dirección a los procesos sociales.

La crisis de la democracia estuvo provocada por la contradicción entre proceso de acumulación y las necesidades de legitimación inherentes a la democracia representativa. Esta contradicción se hizo evidente en las políticas de la década de los 60', que tuvo entre otras manifestaciones la crisis de representación política y la misma desarticulación del estado que culminara con el conflicto de poderes. En el trasfondo de lo dicho está el hecho de que el proceso de democratización en Chile ha respaldado y legitimado (hasta el golpe de estado) la participación en igualdad de condiciones de todos los grupos sociales. Es así como en el plano ideológico la Revolución en Libertad de la Democracia Cristiana (1964 - 1970), su política de promoción social y el impulso a la reforma agraria, son expresiones anticipadas por sectores de la burguesía de una política de desarrollo que después fuera continuada en las políticas de cambios estructurales propuesta por el gobierno de la Unidad Popular. Escenarios de cambio que se llega a transformar en las expectativas de muchos sectores sociales, pero también en el temor de una minoría poderosa: que la acumulación de riqueza se pueda llegar a socializar, poniendo en riesgo la estabilidad y reproducción del sistema capitalista. Situación de tensión que desembocara en la cuestión de buscar una forma de organización del estado que asegure el mantenimiento del sistema capitalista en su conjunto (1).

En el contexto de estos procesos de cambios, la democracia no se mostró para los grupos económicamente privilegiados como un sistema político capaz de garantizar la preservación del sistema económico capitalista. En este sentido desde el golpe de estado de

Brasil, en Marzo de 1964, las Fuerzas Armadas comienzan a ser reconocidas como el instrumento capaz de asumir las tareas de control de todas las funciones del estado, que, entre otras consecuencias, conlleva en su lógica de largo plazo un rompimiento de la división de poderes y de sus equilibrios respectivos. La irrupción de los militares generalizada en la década de los 70' detiene el proceso de democratización de los 60', que llevó, o estuvo a punto de llevar, al estado a transformarse en un espacio de coexistencia entre las clases, dejando de lado, o muy subsumido, su carácter estrictamente político clasista. De ahí que, los golpes militares no hacen mas que permitir que ésta función perdida o diluida del estado sea recuperada directamente, sin recurrir a mediaciones. Es el caso del golpe de estado de 1973 en Chile.

Este proceso de militarización cumple la función de establecer una nueva relación entre sociedad civil y orden político, pero cuya viabilidad puede darse solamente desde un poder centralizado, libre de los obstáculos propios de la normativa demócrata-parlamentaria. Se trata de ajustar a las necesidades y límites del orden político, las demandas, efervescencias y múltiples expresiones ideológicas y programáticas que surgían en la sociedad civil. Los parámetros de funcionamiento de ésta quedan subordinados a los parámetros del orden político - estatal. Y este orden es el que aparentemente se hereda, no exclusivamente en el ámbito de las estructuras institucionales, sino principalmente en el plano de una ideología dominante, mutilante, triunfal, bloqueadora de visiones y despolitizadora de la conciencia.

Lo dicho se refiere a síntomas de contradicciones entre el sistema político y la organización económica que, encontrando su máxima expresión en los golpes militares, perdura hasta hoy. No puede dejar de reconocerse que la democracia recuperada, después de la caída de los regimenes autoritarios, no está libre de las contradicciones que dieron origen a los golpes; aunque los mecanismos de tutelaje puedan ahora asumir otras formas de manifestarse que no sea la fuerza física. Como se ha señalado "aunque el debate parte de la búsqueda de mantener la democracia, ésta se reduce a la cuestión de los procedimientos, y los procedimientos se validan de acuerdo al logro de objetivos de estabilidad y eficacia"⁽¹⁾.

El Estado democrático se encuentra en la necesidad de controlar la dinámica de la sociedad civil. Es la preservación del orden político el que define los límites que legitima el movimiento "acceptable" de la sociedad civil. Sin embargo, para que éste nuevo

¹.- Es conocida la preocupación del imperialismo ante esta situación económica y política. Es así como se trató de interrumpirlo, en el tránsito del gobierno Demócrata Cristiano al gobierno de la Unidad Popular, recurriendo a presiones inauditas sobre la Democracia Cristiana para impedir que el sucesor de Frei fuera Allende. Según afirma documentadamente Joan Garcés, el gobierno de Estados Unidos "puso a disposición de Frei doscientos cincuenta mil dólares para sobornar a parlamentarios del partido Demócrata Cristiano para evitar que éstos votaran a favor del Dr. Allende en el Congreso Pleno". No obstante, la directiva de la Democracia Cristiana de la época no aceptó "los sobornos promovidos desde Washington". En efecto, "en el pleno de la Junta Nacional de ése partido, el 4 de Octubre de 1970, la propuesta de elegir a Allende en el Congreso Pleno fue aprobada por 271 votos contra 191" (Joan Garcés: Soberanos e intervenidos. Chile, la guerra fría y después. Ediciones BAT, Santiago, Chile 1995, pág.68, 69, nota al pie de página.

².- R.Bañó y E.Faletto, Op. cit. pág. 22

orden, que surge de los golpes militares, sea viable, tiene que concebirse en forma negativa, o bien sin alternativas reales.

La primera situación se dio en la etapa de los golpes militares cuando su principal justificación, en el contexto de la guerra fría, fue impedir el advenimiento y consolidación del comunismo. Pero la segunda modalidad es la propia del momento actual, caracterizada por la estrategia económica neoliberal: no hay otra estrategia posible, en el contexto de la globalización, que permita garantizar el crecimiento de los países latinoamericanos. En efecto, si bien inicialmente el sentido de los golpes militares fue impedir un orden comunista, la razón superior de su legitimación fue alegar la carencia de alternativas, surgiendo el Estado Autoritario militar como la forma de organización estatal necesaria para asegurar y reimpulsar un desarrollo capitalista debilitado durante la época de la democracia social y política; aquella que conformaba un espacio entre proyectos de diferentes actores sociales.

Esta subordinación de la sociedad civil al orden político, propia que caracteriza de la forma estatista-autoritaria, es la que nos debe responder si efectivamente se ha heredado a los regímenes civiles. Lo que se puede manifestar en situaciones tales como la alta concentración de facultades en la figura presidencial y en la tendencia a su reelección indefinida. Es indudable que la conducta política de los grupos en el poder en el seno de la democracia, está fuertemente determinada por el interés de crear las condiciones internas capaces de atraer al capital internacional y asegurar el ciclo de su reproducción y ampliación. De ahí que los requisitos de orden, control y eficacia se imponen a los espacios de pluralidad que se convierten en disfuncionales para la consecución de éstos objetivos económicos. De esta manera, el modelo económico fija las características del sistema político, no siendo la democracia de espacios abiertos la opción que mejor asegure el logro de esas metas.

Pareciera que estamos enfrentados al desarrollo y preservación de democracias controladas, jerárquicas, técnicas y eficientes, si atendemos a lo que pregona hoy día el discurso dominante de la clase política, liberal y tecnócrata. No podemos dejar de tener presente que el modelo de acumulación impuesto por la división internacional del trabajo, basado en el predominio de la fracción monopolista exportadora, aliada y subordinada al capital internacional, y en la represión a cualquier expresión del movimiento popular, hace imposible recrear las condiciones apropiadas para formas estatales en que sea posible compartir el poder entre diferentes grupos sociales.

La argumentación tendiente a legitimar un orden político sobre la base de considerarlo frontera infranqueable para mantener la estrategia económica y sus formas de democracia ad-hoc, estable, eficiente y no participativa, determinan necesariamente el surgimiento de un tipo de ideología pragmática cuya piedra de toque es la pérdida de la conciencia política. Más aún, se impone la necesidad de una conciencia mínima, con lo que se crean las condiciones para la difusión y reproducción de ideologías conservadoras que tienden a permear a todos los grupos sociales.

¿La idea conservadora que justificó el golpe de 1973, permea o no el pensamiento político actual en el contexto de la democratización?. Su reivindicación de una "figura fuerte en la conducción del Estado" y su crítica al "democratismo cristiano" (cfr: Fontaine, Eyzaguirre y Lira), se ve complejizada con la postura del gremialismo (J. Guzmán) que, sin abandonar la necesidad de un "estado portaliano", devalúa la acción partidista, enfatizando "el papel de las asociaciones intermedias y (que) entrega al Estado una función puramente subsidiaria"¹⁵).

A partir de esta nueva vertiente, diferente a la tradición nacionalista y autoritaria -estatista- el pensamiento autoritario se abre hacia elementos neoliberales en la versión de Hayek. El pensamiento conservador coincide con el neoliberalismo en su rechazo "al constructivismo, es decir la ingerencia planificada del Estado en las actividades propias de la sociedad civil", en forma de "reconocer el orden espontáneo que surge de las interacciones de individuos en la actividad mercantil"¹⁶. Idea de mercado que, más allá de su función económica, impregna de modo muy amplio el pensamiento político en Chile. Y que conlleva el compromiso de identificar mercado con libertad de modo tal que la lucha por la libertad -mercado permitiría por sí misma avanzar en prosecución de las otras grandes reivindicaciones que han movilizado al hombre, como igualdad y justicia.

Paradójicamente, lo que caracteriza al trasfondo del momento actual, es un inmovilismo democrático por temor a perder la democracia. Se teme la crisis que puedan provocar los sectores conservadores y de la derecha económica, los cuales se han terminado por transformar en el parámetro desde el cual se tiene que definir cualquier estrategia de lucha por construir utopías alternativas, que puedan resolver, armónicamente, la relación entre crecimiento económico, justicia social y realización autónoma del individuo.

¹⁵.- Renato Cristi y Carlos Ruiz: El pensamiento conservador en Chile. Edit. Universitaria, Santiago, 1992, pág. 124, 126.

¹⁶.- Cristi y Ruiz, Op. Cit. pág. 127